



La Santa Sede

RADIOMENSAJE DEL SANTO PADRE PÍO XII PARA LA FESTIVIDAD DE LOS SANTOS APÓSTOLES PEDRO Y PABLO

Domingo 29 de junio de 1941

En esta festividad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, vuestros devotos pensamientos y afectos, amados hijos de toda la Iglesia Católica, tórnense a Roma con la estrofa triunfal:

O Roma felix, quae duorum Principum
Es consecrata glorioso sanguine!

«¡Oh Roma feliz, que has sido consagrada por la gloriosa sangre de estos dos Príncipes!» La felicidad de Roma, que es de sangre y de fe, es también vuestra felicidad; pues la fe de Roma, sellada aquí a ambas márgenes del Tíber con la sangre de los Príncipes de los Apóstoles, es la fe que se anunció a vosotros, que se anuncia y se anunciará en todo el mundo. Os gozáis con el pensamiento y con el saludo de Roma, porque sentís en vosotros la alegría de la universal romanidad de vuestra fe.

Hace diecinueve siglos que con la sangre gloriosa del primer Vicario de Cristo y del Doctor de las Gentes la Roma de los Césares fue bautizada Roma de Cristo, cual eterno símbolo del Principado indefectible de la sacra Autoridad y del infalible Magisterio de la fe de la Iglesia; y con aquella sangre se escribieron las primeras páginas de una nueva y magnífica historia: la de las sacras luchas y victorias de Roma.

¿Habéis pensado alguna vez en los sentimientos y los temores del pequeño grupo de cristianos esparcidos por la gran ciudad pagana, cuando, luego que hubieron enterrado presurosamente los cuerpos de los dos grandes Mártires, el uno al pie del monte Vaticano y el otro en la vía Ostiense, se recogieron los unos a sus rincones de esclavos o de pobres artesanos, los otros a sus ricas moradas, y todos se sintieron solos y como huérfanos ante la desaparición de los dos grandes Apóstoles? Aun bramaba el furor de la tormenta poco antes desencadenada por la crueldad de Nerón contra la naciente Iglesia; todavía se alzaban ante sus ojos en horrenda visión las teas

humanas que humeaban de noche en los jardines imperiales y los cuerpos desgarrados palpitaban aún por circos y por calles; parecía entonces que la implacable crueldad había triunfado, quebrando y echando por tierra las dos columnas que con sola su presencia sostenían la fe y el valor del pequeño grupo de cristianos. Entre los nubarrones de aquel sangriento atardecer, ¡que angustia de dolor experimentarían sus corazones, al sentirse huérfanos del consuelo y de la compañía de aquellas dos voces potentes, abandonados a la ferocidad de un Nerón y al formidable poder de la grandeza imperial de Roma!

Pero contra la espada y la fuerza material del tirano y de sus esbirros habían ellos recibido un espíritu de fuerza y de amor, más poderoso que los tormentos y la muerte. Nos parece ver, en la siguiente reunión, en medio de la desolada comunidad, al anciano Lino, el primero que fue llamado a suceder al desaparecido Pedro, desarrollando con sus manos, temblorosas de emoción, el volumen del precioso papiro que conservaba el texto de la Carta enviada en otro tiempo por el Apóstol a los fieles del Asia Menor, y Nos parece escuchar las frases de bendición, de confianza y de consuelo que, lento, les releía: «Bendito Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos ha regenerado a una viva esperanza, mediante la resurrección de Jesucristo... Entonces os alegraréis, aunque ahora tengáis que entristeceros un poco por las diversas tentaciones... Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios..., descargando en Él todos vuestros cuidados, puesto que Él tiene providencia de vosotros... El Dios de toda gracia, que por Cristo Jesús nos llamó a su eterna gloria, después que hayáis padecido un poco, os perfeccionará, os consolará y os confirmará. ¡A Él sean la gloria y el imperio por los siglos de los siglos!» (1 P 1, 3.6; 5, 6-7.10-11).

También Nos, amados hijos, que por inescrutable designio de Dios hemos recibido, después de Pedro, después de Lino y de otros cien santos Pontífices, la misión de confirmar y de consolar a nuestros hermanos en Jesucristo (cf. Lc 22, 32), Nos, como vosotros, sentimos angustiarse Nuestro corazón ante el pensamiento del torbellino de males, de sufrimientos y de angustias, hoy desencadenado sobre el mundo. En medio de su densa oscuridad no faltan ciertamente consoladoras visiones que abren el corazón a grandes y santas esperanzas: valor magnánimo en defensa de los fundamentos de la civilización cristiana y segura confianza en su triunfo; fortísimo amor a la patria; actos heroicos de virtud; almas escogidas, prontas y dispuestas a todo sacrificio; sacrificios generosos; intenso despertar de la fe y de la piedad. Pero, de otra parte: el pecado y el mal ha penetrado en la vida de los individuos, en el santuario de la familia y en el organismo social, siendo por debilidad o impotencia no sólo tolerado, sino defendido y celebrado, habiendo logrado así ser dueño absoluto de las más variadas manifestaciones de la vida humana; decadencia del espíritu de justicia y de caridad; pueblos revueltos y caídos en abismos de desventuras; cuerpos humanos desgarrados por las bombas o por la metralla; heridos y enfermos que llenan los hospitales, de donde salen las más de las veces con la salud arruinada, mutilados los miembros, inválidos ya para toda la vida; prisioneros alejados de sus familias y frecuentemente sin noticias; individuos y familias deportados, trasladados, separados, arrancados de sus casas y errantes en la miseria, sin recurso alguno y sin medios para ganarse un pedazo de pan; males

todos que no sólo alcanzan a los combatientes, sino que gravan a poblaciones enteras, ancianos, mujeres, niños, los más inocentes y los más pacíficos, los que se hallan sin defensa alguna; bloqueos y contrabloqueos, que aumentan en casi todo el mundo las dificultades para la provisión de víveres, de suerte que doquier se hace sentir el hambre con crueldad. Añádanse los indecibles dolores, padecimientos y persecuciones que un tan gran número de Nuestros queridos hijos e hijas —sacerdotes, religiosos, seglares— sufren en algunas regiones por el nombre de Cristo, por causa de su religión, de su fidelidad a la Iglesia y de su sagrado ministerio; penas y amarguras que la misma solicitud por quienes las sufren no permite dar a conocer, y menos aún en todos sus detalles, que son tan dolorosos como conmovedores.

Ante tal cúmulo de males, de peligros para la virtud, de pruebas de toda clase, la mente y el juicio humanos parecen extraviarse y confundirse; y tal vez en más de uno entre vosotros se haya sobrecogido el corazón por aquel terrible pensamiento de duda, que quizás en otro tiempo, ante la muerte de los dos Apóstoles, tentó y perturbó a algunos cristianos menos firmes: ¿Cómo puede Dios tolerar todo esto? ¿Cómo es posible que un Dios omnipotente, infinitamente sabio e infinitamente bueno, permita tantos males que Él podría impedir tan fácilmente? Y aflora a los labios la palabra de Pedro, imperfecto aún, ante el anuncio de la pasión: «Que nunca suceda esto, Señor» (*Mt 16, 22*). No, Dios mío —piensan ellos—, ni vuestra sabiduría, ni vuestra bondad, ni vuestro mismo honor pueden tolerar que el mal y la violencia dominen de esa suerte en el mundo, se burlen de Vos y triunfen sobre vuestro silencio. ¿Dónde está vuestro poder y providencia? ¿Habremos de dudar también de vuestro divino gobierno o de vuestro amor para con nosotros?

«Tú no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres» (*Mt 16, 23*), respondió Cristo a Pedro, como había hecho decir al pueblo de Judá por medio del profeta Isaías: «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos» (*Is 55, 8*).

Como niños ante Dios son todos los hombres; todos, hasta los más profundos pensadores y los más experimentados conductores de los pueblos. Juzgan de los acontecimientos con la corta vista del tiempo que pasa y vuela irreparable; mas Dios, por el contrario, los contempla desde las alturas y desde el centro inmóvil de la eternidad. Tienen ellos ante sus ojos el angosto panorama de unos pocos años; Dios, en cambio, tiene ante sí el panorama universal de los siglos. Pesan ellos los acontecimientos humanos en sus causas próximas y por sus efectos inmediatos; Dios los ve en sus causas remotas y los mide por sus efectos lejanos. Discurren ellos buscando particularmente la responsabilidad de éste o del otro; Dios ve la actuación de todo un conjunto secreto de responsabilidades, porque su altísima providencia no excluye el libre albedrío de las acciones humanas, buenas o malas. Querrían ellos justicia inmediata, y se escandalizan ante el poder efímero de los enemigos de Dios o ante los sufrimientos y las humillaciones de los buenos; pero el Padre celestial, que a la luz de su eternidad domina y penetra las alternativas de los tiempos, así como la serena paz de los siglos sin fin; Dios, que es bienaventurada Trinidad, llena de compasión por las debilidades, las ignorancias y las impacencias de los hombres, pero que

los ama demasiado para que sus culpas puedan torcerle de sus vías de sabiduría y de amor, continúa y continuará haciendo nacer su sol sobre los buenos y sobre los malos, y llover sobre los justos y sobre los injustos (*Mt 5, 45*), guiando con firmeza y ternura sus pasos de niños, si tan solo se dejaren conducir por Él y confiaren en su poder y en la providencia de su amor hacia ellos.

¿Qué significa confiar en Dios? Tener confianza en Dios significa abandonarse con toda la fuerza de la voluntad sostenida por la gracia y por el amor, no obstante todas las dudas sugeridas por contrarias apariencias, en la omnipotencia, en la sabiduría y en el amor infinito de Dios. Es creer que en este mundo nada escapa a su providencia, ni en el orden universal ni en el particular; que nada sucede, ni ordinaria ni extraordinariamente, que no esté previsto, querido o permitido, siempre dirigido por ella a sus altos fines, que en este mundo son siempre fines de amor a los hombres. Es creer que a veces puede Dios permitir que, en esta tierra y durante algún tiempo, triunfen el ateísmo y la impiedad, lamentables oscurecimientos del sentido de la justicia, infracciones del derecho, torturas de los hombres inocentes, pacíficos, indefensos y sin apoyo. Es creer que así es como en un momento dado Dios deja caer sobre los individuos y sobre los pueblos pruebas cuyo instrumento es la malicia de los hombres, por un designio de su justicia enderezado a castigar los pecados, a purificar las personas y los pueblos con las expiaciones de la vida presente, para hacerlos volver a Sí por tal camino; pero es creer al mismo tiempo que esta justicia continúa siempre, aun en la tierra, siendo una justicia de Padre, inspirada y dominada por el amor. Por áspera que pueda parecer la mano del divino Cirujano, cuando con el hierro penetra en las carnes vivas, un activo amor es siempre su guía e impulso, y sólo el verdadero bien de los individuos y de los pueblos le hace intervenir tan dolorosamente. Es creer, finalmente, que así la dura agudeza de la prueba como el triunfo del mal no durarán, ni siquiera acá abajo, sino un breve tiempo, y no más; pues luego vendrá la hora de Dios, la hora de la misericordia, la hora de la santa alegría, la hora del cántico nuevo de la liberación, de la alegría y del gozo (*Sal 96*); la hora en que, después de haber dejado al huracán extenderse por breve tiempo sobre la pobre humanidad, la omnipotente mano del Padre celestial con ademán imperceptible lo detendrá y lo disipará, y, por caminos insospechados para las mentes y las esperanzas humanas, serán restituidas a las naciones la justicia, la calma y la paz.

Bien sabemos que la dificultad más grave, para quienes no tienen una idea justa de las cosas divinas, surge al ver tantos inocentes condenados a sufrir en la misma tormenta que envuelve a los pecadores. Nunca permanecen indiferentes los hombres cuando una tormenta, a la par que abate gigantescos árboles, arranca las humildes florecillas. abiertas a sus pies tan sólo para prodigar la gracia de su belleza y de sus fragancias en el aire que las envuelve. Y, sin embargo, ¡también aquellas flores y aquellos aromas son obra de Dios y de su arte admirable! Si pues Él ha permitido que alguna de aquellas flores sea arrebatada por el torbellino de los vientos, ¿no puede tal vez haber señalado una finalidad, desconocida al ojo humano, al sacrificio de aquella inocentísima criatura en la general economía de las leyes con que Él dirige y gobierna la naturaleza? Por todo ello, ¡cuánto mejor su omnipotencia y su amor no dirigirán al bien la suerte

de los seres humanos puros e inocentes!

Por haber languidecido la fe en los corazones humanos, por el afán de placeres que informa y fascina la vida, los hombres se sienten hartos inclinados a juzgar como males, y males absolutos, todas las desventuras físicas del mundo. Han olvidado que en el alba misma de la vida humana, y cual camino para las sonrisas de una cuna, se encuentra el dolor; han olvidado que las más de las veces no es él sino un reflejo de la Cruz del Calvario en el sendero de la resurrección; han olvidado que la cruz es casi siempre un don de Dios, don necesario para ofrecer a la divina justicia también nuestra parte de expiación; han olvidado que el único verdadero mal es el pecado que ofende a Dios; han olvidado lo que dice el Apóstol: «Los sufrimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la futura gloria que se manifestará en nosotros» (*Rm 8, 18*); y que debemos contemplar al autor y al consumidor de la fe, Jesús, el cual soportó la cruz en vez del gozo que se le ofrecía (*Hb 12, 2*).

A Cristo crucificado en el Gólgota, virtud y sabiduría que atrae hacia Sí el universo, miraron en las inmensas tribulaciones de la difusión del Evangelio, viviendo clavados en la Cruz con Cristo, los dos Príncipes de los Apóstoles, muriendo Pedro crucificado, doblegando Pablo su cabeza bajo la espada del verdugo, como campeones, maestros y testigos de que en la cruz está el consuelo y la salvación y de que en el amor de Cristo no se vive sin dolor. A esa cruz, brillante como camino, verdad y vida, miraron los protomártires romanos y los primeros cristianos en la hora del dolor y de la persecución. Miradla también así vosotros, oh amados hijos, en vuestros sufrimientos, y encontraréis la fuerza no sólo para aceptarlos con resignación, sino para amarlos y para gloriaros de ellos como los amaron y se glorieron los Apóstoles y los santos, nuestros padres y hermanos mayores, plasmados también con vuestra misma carne y vestidos con vuestra misma sensibilidad. Mirad vuestros sufrimientos y vuestras angustias a través de los dolores del Crucificado, a través de los dolores de la Virgen, que, siendo la más inocente de las criaturas, fue la que más participó de la divina pasión, y sabréis comprender que el conformarse a la imagen del Hijo de Dios, Rey de los dolores, es el camino más augusto y seguro para el cielo y para el triunfo. No miréis únicamente las espinas con que el dolor os aflige y os hace sufrir, sino más bien el mérito que vuestro sufrir hace florecer cual rosa de corona celestial; y entonces, con la gracia de Dios encontraréis el valor y la fortaleza de aquel heroísmo cristiano, que es sacrificio a la par que victoria y paz que supera todo sentido; heroísmo que vuestra fe tiene derecho a exigir.

«Finalmente (repetiremos con las palabras de San Pedro), tened todos un mismo sentir, sed compasivos, amantes de los hermanos, misericordiosos, modestos, humildes: no devolviendo mal por mal, ni ultraje por ultraje, sino, al contrario, bendiciendo: ... a fin de que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien es la gloria y el imperio por los siglos de los siglos» (*1 P 3, 8-9; 4, 11*).

Mas, si tan sublime excelencia del cristianismo eleva tan altos Nuestros pensamientos, también sentimos en lo íntimo del corazón cómo el anhelo de todos Nuestros hijos se confunde con el Nuestro pidiendo a Dios que la virtud de todos, en esta hora tan grave de la historia, corra parejas con la fe.

En ti pensamos, oh amada Roma, patria Nuestra por doble título, objeto de los eternos designios, avezada a sobrellevar con tan alta conciencia los mayores deberes en la vida de la Iglesia. Y ante todo te bendecimos, seguros de que en esta hora, por la ecuanimidad en la fortaleza y por la práctica del bien, no desmentirás aquella fe que te hizo maestra del mundo y reina de los pueblos en el cristiano sentir.

Contigo bendecimos a todo el pueblo italiano que, con el privilegio de tener en medio de sí el centro de la unidad de la Iglesia, presenta manifiestas señales de una providencial misión divina, y que en los monumentos de su existencia trabajada pero gloriosa a través de los siglos muestra invioladas sus gloriosas tradiciones católicas.

Extendemos, por fin, Nuestra bendición al mundo entero, doquier tengamos hijos, pues todos Nos son igualmente queridos, mientras el corazón Nos tiembla en el pecho al pensar en aquellos pueblos que más sufren a causa de la presente desventura tan sangrienta, que con tantas lutos y con tantas lágrimas ha llenado ya la tierra. No queremos excluir de Nuestras oraciones y de Nuestros deseos a cuantos aun se hallan alejados del seno de la Iglesia, a fin de que, al sentir su maternal y apremiante llamada, también ellos busquen en ella la salvación y la paz.

A todos presentamos así a Dios en Jesucristo, Redentor de todos. Y en su nombre, con la autoridad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, cuyo martirio y triunfo celebramos, damos a todos con efusión de corazón la Bendición Apostólica.